

EL
PASTOR
SILENCIOSO

Otros libros de John MacArthur publicados por Portavoz

<i>¿A quién pertenece el dinero?</i>	<i>Piense conforme a la Biblia</i>
<i>El asesinato de Jesús</i>	<i>Los pilares del carácter cristiano</i>
<i>Avergonzados del evangelio</i>	<i>El plan del Señor para la Iglesia</i>
<i>La batalla por el comienzo</i>	<i>El poder de la integridad</i>
<i>Cómo obtener lo máximo de la Palabra de Dios</i>	<i>El poder de la Palabra y cómo estudiarla</i>
<i>Cómo ser padres cristianos exitosos</i>	<i>El poder del perdón</i>
<i>El corazón de la Biblia</i>	<i>El poder del sufrimiento</i>
<i>Distintos por diseño</i>	<i>¿Por qué un único camino?</i>
<i>La gloria del cielo</i>	<i>Porque el tiempo SÍ está cerca</i>
<i>Llaves del crecimiento espiritual</i>	<i>Salvos sin lugar a dudas</i>
<i>Nada más que la verdad</i>	<i>Sé el papá que tus hijos necesitan</i>
<i>Nuestro extraordinario Dios</i>	<i>La segunda venida</i>
<i>El Pastor silencioso</i>	<i>El único camino a la felicidad</i>

Comentario MacArthur del Nuevo Testamento

<i>Mateo (en preparación)</i>	<i>Gálatas, Efesios</i>
<i>Marcos (en preparación)</i>	<i>Filipenses, Colosenses y Filemón</i>
<i>Lucas (en preparación)</i>	<i>1 y 2 Tesalonicenses,</i> <i>1 y 2 Timoteo, Tito</i>
<i>Juan</i>	<i>Hebreos y Santiago</i>
<i>Hechos</i>	<i>1 y 2 Pedro, 1, 2 y 3 Juan,</i> <i>Judas (en preparación)</i>
<i>Romanos</i>	<i>Apocalipsis</i>
<i>1 y 2 Corintios</i>	

EL
PASTOR
SILENCIOSO

EL CUIDADO, CONSUELO Y CORRECCIÓN
DEL ESPÍRITU SANTO

JOHN MACARTHUR



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The Silent Shepherd* © 1996, 2012 por John MacArthur Jr. y publicado por David C. Cook, 4050 Lee Vance View, Colorado Springs, CO 80918. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *El Pastor silencioso* © 2015 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5608-4 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6402-7 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7935-9 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 24 23 22 21 20 19 18 17 16 15

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

CONTENIDO

Introducción	7
1. El Pastor silencioso: Una guía	13
2. El Espíritu en el Antiguo Testamento	27
3. El Espíritu de vida: El nuevo pacto	49
4. El Espíritu de transformación y esperanza	69
5. El Espíritu prometido: La plenitud de su llegada	85
6. El Pastor silencioso que obra a nuestro favor	105
7. La senda bíblica para el camino espiritual	123
8. Seamos conscientes de todo nuestro potencial, en el Espíritu	141
Guía de estudio	157

INTRODUCCIÓN

Dos errores relacionados con la doctrina del Espíritu Santo han nublado el entendimiento de la iglesia contemporánea sobre su persona y ministerio. Por un lado, el movimiento carismático está obsesionado con el Espíritu Santo y tienden a concentrar toda la doctrina y adoración exclusivamente en Él. El peligro con un énfasis excesivo en los dones y la dirección del Espíritu Santo es que la experiencia personal es, a menudo, elevada por encima de la verdad objetiva de las Escrituras. Por otro lado, muchos que no son carismáticos tienden a ignorar por completo al Espíritu Santo. Tal vez cansados de la controversia, la confusión y la subjetividad del movimiento carismático, muchos han respondido yendo al extremo opuesto. Simplemente, evitan al Espíritu Santo en su enseñanza y estudio. Además de eso, algunos en el cristianismo evangélico popular han pasado, en las últimas generaciones, de un ministerio centrado en Dios a un enfoque centrado en el hombre. El pragmatismo prevalece. Las iglesias funcionan como empresas. El evangelio es, a menudo, visto como un producto para la comercialización. Los problemas espirituales son tratados con medios psicológicos. En resumen, el ministerio centrado en el hombre opera prácticamente como si el Espíritu Santo fuera innecesario.

Ambos errores son espiritualmente debilitantes. Si entendemos mal el papel del Espíritu Santo, o si dejamos al Espíritu por completo de lado, ¿cómo podremos comprender lo que es caminar en el Espíritu?

Pablo reprendió a los gálatas por su falta de dependencia del Espíritu Santo: “¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?” (Gá. 3:3). Como sugiere ese versículo, el papel del Espíritu Santo es crucial para llevarnos a la salvación, para darnos el poder de vivir nuestra vida en Cristo y para llevarnos a la máxima perfección en la gloria. En otras palabras, la obra del Espíritu es esencial en toda la experiencia del cristiano. Cada aspecto de la vida cristiana es dirigido y fortalecido por el Espíritu Santo. No podemos permitirnos malinterpretar ni ignorar su función. Hacer eso es poner dificultades a nuestra santificación. Eso es exactamente lo que sucede cuando los creyentes recurren al legalismo, al misticismo carismático y a la psicología, como lo han hecho hoy.

En cuanto a la posición vital del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia, Charles Ryrie escribió el siguiente párrafo, que es tan aplicable hoy como lo fue en la década de los sesenta:

La solución de los problemas de la Iglesia hoy está en resolver los problemas del cristiano individual, y la solución a esos problemas es una Persona: el Espíritu Santo. Él es el antídoto para cada error, el poder para todas las debilidades, la victoria de cada derrota y la respuesta para cada necesidad. Y Él está disponible para los creyentes, porque vive en nuestro corazón y en nuestra vida. La respuesta y el poder ya nos han sido dados al morar el Santo Espíritu en nosotros.¹

1. Charles C. Ryrie, *The Holy Spirit [El Espíritu Santo]* (Chicago: Moody, 1965), p. 9. Publicado en español por editorial Portavoz.

Lamentablemente, estas realidades no han sido tomadas muy en serio por los cristianos del siglo XXI. Mientras los creyentes piensan de Cristo como el Buen Pastor (Jn. 10), rara vez ven al Espíritu Santo desempeñando un papel pastoral. Pero 1 Juan 3:24 dice: “Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado”. El apóstol está hablando de la morada de Cristo en nosotros, que el Espíritu Santo nos da a conocer (Jn. 14:17-20). Por tanto, es razonable ver al Espíritu trabajando con Cristo en pastorearnos: está siempre presente para animarnos, guiarnos e iluminarnos con toda verdad espiritual, y nos da el poder para toda buena obra (Jn. 14:16, 26-27; 16:13). De ahí que haya titulado este libro *El Pastor silencioso*, lo que implica la realidad apacible, detrás de escena, pero, no obstante, presente, del ministerio del Espíritu Santo.

Demasiados cristianos andan buscando inútilmente respuestas a preguntas innecesarias. Acuden a conferencias, devoran libros cristianos populares, visitan consejeros, buscan la última novedad para la vida cristiana exitosa, o persiguen la experiencia extática actual para descubrir “el secreto” de la vida abundante en Cristo. Pero yo sostengo que la clave para esa vida *no* es un secreto. Tampoco es un misterio. Las Escrituras contienen toda la información que necesitaremos para una vida cristiana fructífera y exitosa. Nuestro problema no es la falta de información ni una deficiencia en la experiencia espiritual. Nuestro problema es que no confiamos lo suficiente en el ministerio del Espíritu ni le permitimos que aplique la verdad con poder en nuestra vida. Todas las conferencias, los consejeros y los esquemas de una vida más profunda pueden, en realidad, llegar a ser contraproducentes, ya que un falso medio de santificación es una falsificación impotente.

Confío en que este nuevo examen de esas verdades bíblicas nos animará a aplicar los recursos del Espíritu Santo. Vamos a comenzar

con un repaso de la doctrina básica del Espíritu Santo. El capítulo 1 desarrolla lo que la Biblia enseña acerca de la personalidad, deidad y obra del Espíritu Santo. También veremos las diversas formas en que el Espíritu Santo aparece representado en las Escrituras.

Otro aspecto del ministerio del Espíritu Santo que está en gran necesidad de clarificación es su papel durante el período del Antiguo Testamento. A través de los siglos, los cristianos han tendido a centrar su atención principalmente en la obra del Espíritu en el Nuevo Testamento. Como resultado, la Iglesia no siempre ha tenido una buena comprensión de la importancia del papel del Espíritu en las personas y los hechos del antiguo pacto. En el capítulo 2, indicaremos que el Espíritu Santo operó en cinco categorías durante los tiempos del Antiguo Testamento: en la creación, en la capacitación de los individuos, en la revelación de la Palabra de Dios, en la regeneración de los individuos y en la santificación de los creyentes. La actividad del Espíritu en el Antiguo Testamento proporciona la base para la comprensión de su papel más importante en el marco del nuevo pacto. Tal comprensión requiere conocer la superioridad del nuevo pacto, del que hablaremos en los capítulos 3 y 4.

La plenitud del Espíritu Santo en la mayor excelencia del nuevo pacto es aún más destacada por la promesa de Jesús a sus discípulos al final de su ministerio terrenal, justo antes de su ascensión:

Y estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días (Hch. 1:4-5).

Este fue el último aspecto de la promesa que Jesús había dado antes a sus discípulos en el aposento alto. En ese momento, Él

prometió: “Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros” (Jn. 14:16-17).

Por supuesto, la promesa de Jesús en Hechos 1:4-5 se cumplió gloriosamente en Hechos 2 en el día de Pentecostés, cuando los apóstoles recibieron el bautismo del Espíritu Santo. Ya que es vital entender este hecho decisivo en la historia de la Iglesia, nuestro enfoque en el capítulo 5 será un análisis del bautismo del Espíritu. Debido a toda la enseñanza errónea sobre el tema, confío en que este análisis también nos dará una perspectiva clara del lugar del bautismo del Espíritu en el cuerpo de Cristo.

En los últimos capítulos, me centraré en el gozo que podemos derivar de vivir la vida cristiana con una realización plena de la presencia del Espíritu Santo dentro de nosotros. Voy a dedicar algo de espacio a aclarar un error común con respecto a nuestra relación con el Espíritu Santo. Muchos evangélicos contemporáneos han adoptado la idea de que ser llenos del Espíritu es algo extraordinario, no alcanzable por la mayoría de los creyentes normales y corrientes. Veremos, sin embargo, que todos los cristianos pueden estar llenos de forma continua con el Espíritu Santo; y se les manda que así sea.

La vida cristiana comienza y continúa por el poder del Espíritu Santo, a quien Dios ha enviado amorosamente, primero para despertarnos a nuestra necesidad de salvación, luego para darnos el nuevo nacimiento y, por último, para morar dentro de nosotros con el propósito de presentarnos, finalmente, impecables cuando Cristo regrese. Este será el tema de los últimos capítulos de este libro. Confío en que esto se convertirá en el tema subyacente de todo el libro, de acuerdo con esta verdad inmutable: “...No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Zac. 4:6).

EL PASTOR SILENCIOSO: UNA GUÍA

Cuando un cristiano recita la clara afirmación del Credo de los Apóstoles: “Creo en el Espíritu Santo”, está de acuerdo (al menos en apariencia) con una de las grandes creencias fundamentales de la fe cristiana. Pero como con todas las verdades doctrinales esenciales de la Biblia, no es suficiente estar solo de acuerdo intelectualmente con un comunicado escueto. Dios siempre quiere que sus hijos abracen la verdad de todo corazón, con una comprensión mental clara y con un compromiso sincero y ferviente de aplicar la verdad a la vida diaria.

Muchos libros escritos en el pasado sobre el Espíritu Santo, aunque son recursos excelentes, son insuficientes a la hora de aplicar las verdades de la doctrina para el crecimiento cristiano. Por otro lado, muchos de los libros contemporáneos populares sobre el Espíritu Santo no son doctrinales en absoluto. Asumen que los lectores tienen un conocimiento fundamental sobre el Espíritu y se ocupan solo de los aspectos experienciales de “vivir en el Espíritu”. También

hay otra gran cantidad de material contemporáneo sobre el Espíritu Santo, que enfoca el punto de vista carismático, pero incluye excesos no bíblicos, desequilibrios y presuposiciones equivocadas.

En este libro, espero ofrecer al lector una presentación equilibrada mediante la combinación de una base doctrinal adecuada en este capítulo con las discusiones bíblicas en los capítulos siguientes. Esto lo encaminará a la aplicación personal de los recursos del Espíritu Santo. Lo que sigue resume bien mi preocupación por lo que este libro va a transmitir:

Debido a que Dios en Cristo ha iniciado la era mesiánica con el derramamiento del Espíritu, la relación del hombre con Dios ha cambiado para siempre. La Ley ya no puede ser usada como un medio de exclusión y opresión de los marginados: Jesús ha predicado el evangelio mesiánico de liberación de los cautivos, de dar vista a los ciegos y buenas noticias para los pobres; la nueva ley de la vida se ha escrito en los corazones de los hombres. Por tanto, debemos aborrecer cualquier nuevo legalismo que usa las Escrituras para excluir y oprimir; esto es, convertir la buena nueva de Cristo en “la letra que mata”. Más bien, debemos reconocer el carácter “de aliento de Dios” de las Escrituras, y el “Espíritu que da vida”. Solo así ellas serán beneficiosas. Por el contrario, el Espíritu no puede ser reclamado como la marca de una élite, como aquello que distingue y divide. El evangelio de Jesucristo incluye el mensaje de que el Espíritu Santo ha sido derramado sobre toda carne. Todos los que abusan de las Escrituras y del Espíritu deben oír el mensaje de Dios: “Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para

todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare”.¹

Mi propósito no es que este sea otro manual más de teología sobre el Espíritu Santo. No obstante, es importante centrarse primero en los elementos de la doctrina básica para sentar la base para nuestras reflexiones en el resto del libro.

La personalidad del Espíritu

El Espíritu Santo es una persona. Él no es una fuerza mística o una influencia metafísica. Él es una persona divina —la tercera persona de la Trinidad—, y reconocer este hecho es absolutamente esencial para la comprensión ortodoxa de lo que Él es.

Ser persona implica tener rasgos de personalidad, y la personalidad incluye el intelecto, las emociones y la voluntad. Y estos atributos son característicos del Espíritu Santo.

Los atributos del Espíritu Santo

En 1 Corintios 2:10-11 leemos: “...el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios”. Estas afirmaciones suponen que el Espíritu Santo tiene *inteligencia* infinita y, por tanto, debe ser una persona (vea también Is. 11:2 y Ef. 1:17).

El Nuevo Testamento también afirma que el Espíritu tiene *sentimientos*: “Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención” (Ef. 4:30). Debemos entender, en primer lugar, que los sentimientos divinos no son como las pasiones humanas. El enojo, los celos, el odio, el gozo, el amor, la

1. T. S. Caulley, “Holy Spirit” en *Evangelical Dictionary of Theology*, ed. Walter A. Elwell (Grand Rapids, MI: Baker, 1984), p. 527.

tristeza y la ira de Dios no son emociones reactivas o pasivas, como son en los humanos. Es decir, sus sentimientos no suben y bajan en respuesta a diversos estímulos. Dios es soberano e inmutable (Mal. 3:6), por lo tanto, los sentimientos que se le atribuyen en las Escrituras son, en realidad, expresiones soberanas de su propósito y voluntad eternos, y no son como las pasiones humanas, que van y vienen en respuesta a las circunstancias. (Cuando las Escrituras asignan tales pasiones a Dios, están utilizando una figura de expresión conocida como *antropopatismo*, que es la aplicación de emociones humanas a Dios, porque nuestra comprensión y nuestro lenguaje no son adecuados para transmitir la verdad completa). Sin embargo, estas palabras significan *algo*, y sugerir que el Espíritu Santo podría sentir la emoción de ser “entristecido” no tendría sentido si Él no fuera una persona.

La guía que el Espíritu dio a Pablo en Hechos 16:6-11 ilustra que el Espíritu Santo tiene *voluntad*. Él no permitió que el apóstol predicara en Asia y Bitinia, pero en cambio, sí le indicó que fuera a Europa y Macedonia. Su voluntad también determina los diferentes ministerios de los creyentes, porque Él es el que reparte dones espirituales “...a cada uno en particular *como él quiere*” (1 Co. 12:11).

Las actividades del Espíritu Santo

La Biblia describe una amplia variedad de actividades del Espíritu Santo que solo una persona puede realizar.

El Espíritu llama a personas a un servicio especial

“Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado” (Hch. 13:2). “Ellos, entonces, enviados por el Espíritu Santo, descendieron a Seleucia, y de allí navegaron a Chipre” (v. 4).

El Espíritu testifica o da testimonio

“Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí” (Jn. 15:26). “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Ro. 8:16).

El Espíritu intercede

“Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles” (Ro. 8:26).

En otros lugares, las Escrituras representan al Espíritu Santo como el *destinatario* de diversas acciones y actitudes que demuestran su condición de persona. Una vez más, estas referencias no tendrían sentido alguno si el Espíritu no fuera una persona.

Al Espíritu se le puede mentir

“Y dijo Pedro: Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo, y sustrajeses del precio de la heredad?” (Hch. 5:3).

Se puede blasfemar contra el Espíritu

“Por tanto os digo: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada” (Mt. 12:31).

Relaciones del Espíritu Santo

Debido a que el Espíritu Santo es una persona, es lógico suponer que Él tendrá relaciones con otras personas. Las Escrituras ilustran esto de muchas maneras. Veamos algunos ejemplos.

Tiene relación con los apóstoles

“Porque ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros, no imponeros ninguna carga más que estas cosas necesarias” (Hch. 15:28, tomado de la carta que el Concilio de Jerusalén envió a los gentiles en la iglesia de Antioquía).

Tiene relación con todas las personas

Se relaciona con los no creyentes, como nos indica Juan 16:8-11: “Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado”.

Con los creyentes, se relaciona en muchos sentidos, todo como resultado de morar en ellos. En 1 Corintios 6:19-20 leemos: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios”.

Tiene relación con Cristo Jesús

“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber” (Jn. 16:13-15).

Se relaciona con Dios

“La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén” (2 Co. 13:14).

La deidad del Espíritu Santo

Más de una docena de veces en las Escrituras, el Espíritu aparece vinculado por su nombre y naturaleza a las otras dos personas de la Trinidad (vea Mt. 3:16; Hch. 16:7; Ro. 8:9; 1 Co. 2:11; 3:16; 1 P. 1:11). Mediante varias referencias que asignan los atributos de Dios al Espíritu Santo, la Palabra también demuestra que el Espíritu es Dios.

El Espíritu posee omnisciencia

“Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios” (1 Co. 2:11).

El Espíritu posee omnipresencia

“¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás. Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra” (Sal. 139:7-10).

El Espíritu posee omnipotencia

“El espíritu de Dios me hizo, y el soplo del Omnipotente me dio vida” (Job 33:4).

El Espíritu es la verdad

“Y el Espíritu es el que da testimonio; porque el Espíritu es la verdad” (1 Jn. 5:6).

El Espíritu posee sabiduría

“¿Quién enseñó al Espíritu de Jehová, o le aconsejó enseñándole?” (Is. 40:13).

Las obras del Espíritu Santo

Incluso antes de la era contemporánea de especialización, la gente comúnmente entendía que ciertas tareas requerían materiales, herramientas y habilidades especiales. Solo un cerrajero podría hacer la llave de recambio correcta para abrir un baúl de ajuar cerrado. Solo un relojero podría reparar los interiores intrincados de un reloj de bolsillo. Hoy, solo los que tienen el conocimiento especializado pueden escribir programas de *software* para computadoras. Ciertos proyectos especializados siempre, por su naturaleza, han llevado la impronta de los expertos. Este mismo principio es cierto en un nivel mucho más importante en relación con las actividades cruciales asignadas por las Escrituras al Espíritu Santo. Esas obras demuestran que el Espíritu es divino, porque solo Dios es quien pudo haberlas realizado.

La primera gran obra atribuida al Espíritu Santo es mencionada en el primer capítulo de la Biblia: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas” (Gn. 1:1-2). Estos primeros versículos muy conocidos de las Escrituras afirman claramente que *la obra divina de la creación* fue supervisada por el Espíritu.

Otros dos versículos conocidos nos confirman que el Espíritu Santo estuvo activo en *la obra de la inspiración de la Biblia*: “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Ti. 3:16). “Entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo (2 P. 1:20-21).

Un tercer acontecimiento importante acreditado al Espíritu Santo implica el nacimiento del Señor Jesús. El papel del Espíritu en

la obra de engendrar a Cristo es presentado en el primer capítulo del Evangelio de Lucas: “Entonces María dijo al ángel: ¿Cómo será esto? pues no conozco varón. Respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios” (Lc. 1:34-35).

Otras varias actividades del Espíritu Santo —o lo que podríamos llamar, más precisamente, ministerios en curso— son dignas de ser incluidas para completar nuestra imagen del Espíritu. (Hablabremos más sobre algunos de estos ministerios dirigidos por el Espíritu en capítulos posteriores).

El Espíritu regenera

“Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu” (Jn. 3:5-8).

El Espíritu fortalece

“Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria; y eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo” (Hch. 9:31; vea también Jn. 14:16, 26; 15:26; 16:7).

El Espíritu santifica

“Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya

escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad” (2 Ts. 2:13).

Representaciones del Espíritu Santo

Todos estamos familiarizados con los símbolos que se utilizan para comunicar mensajes o describir conceptos complejos. La radio y la televisión con sus mensajes comerciales repetitivos, siempre presentes, son los ejemplos principales del uso de símbolos para comunicarse. Por ejemplo, una conocida marca de baterías utiliza un conejito color rosa que toca el tambor, para proclamar la gran longevidad de las baterías. Al conejito se lo ha visto en tantos anuncios durante los últimos años que se ha convertido en sinónimo de esa marca de baterías. Las grandes empresas han utilizado otros símbolos más abstractos durante años como marcas comerciales. El Peñón de Gibraltar ha sido usado por una de las grandes compañías de seguros, y un óvalo que encierra una esfera (el objetivo u “ojo” de la cámara de televisión) ha sido el emblema corporativo de una cadena de televisión importante.

Mucho antes de que se usaran la mayoría de los símbolos hechos por el hombre para representar y promover proyectos humanos, Dios usó el lenguaje y los símbolos figurativos en las páginas de las Escrituras para comunicar la verdad espiritual. Todo el sistema de sacrificios del Antiguo Testamento, con el tabernáculo y el templo, utilizan muchos elementos y rituales simbólicos. Los escritores de Salmos, Proverbios y otros libros poéticos utilizaron una gran cantidad de lenguaje figurativo y descriptivo para exponer las verdades de Dios. Por supuesto, en su ministerio terrenal, Jesús usó parábolas y enseñanzas mediante objetos para exponer y explicar conceptos doctrinales. Él siempre empleó cosas e ideas familiares con las que sus oyentes podían identificarse.

De una manera similar, Dios también utilizó analogías para

describir la persona y la obra del Espíritu Santo. Siempre y cuando nosotros no alegoricemos o llevemos estas analogías más allá de los límites razonables, el uso de símbolos e ilustraciones puede ser de gran ayuda en la comprensión de quién es el Espíritu y qué está haciendo.

El Nuevo Testamento utiliza varias imágenes para representar al Espíritu Santo. Las mencionamos a continuación, junto con las referencias bíblicas pertinentes, más o menos en su orden de importancia y familiaridad.

El Espíritu es representado como una paloma

“Aconteció que cuando todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado; y orando, el cielo se abrió, y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma, y vino una voz del cielo que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia” (Lc. 3:21-22; vea también Mt. 3:16; Mr. 1:10; Jn. 1:32). En este contexto, la representación del Espíritu Santo mediante una paloma trae a la mente su sencillez (vea Mt. 10:16: “...sed, pues... sencillos como palomas”), su origen celestial y su paz (descendió sobre Jesús).

El Espíritu es representado como fuego

“Y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos” (Hch. 2:3). La pequeña frase “como de” indica que las lenguas no eran fuego literal, sino que, simplemente, sugiere el efecto del fuego. Ya había precedentes en el Antiguo Testamento del uso del fuego en relación con la presencia y obra del Señor (vea Éx. 3:2; 13:21; Lv. 9:24; 10:2; Is. 6:1-8).

El Espíritu es representado como viento

“Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento

recio que soplabá, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados” (Hch. 2:1-2). La mayoría de los comentaristas están de acuerdo en que este viento no fue probablemente una ráfaga literal de aire que sopló. Al igual que con las lenguas de fuego, el énfasis está en la imagen vívida que se utiliza para describir el sonido del Espíritu al acercarse. Los discípulos quizá escucharon el sonido del viento, pero no sintieron necesariamente una ráfaga. (Vea también Juan 3:8, donde se usa la analogía del viento en la descripción de la obra soberana del Espíritu en la regeneración. Este versículo es probablemente también una alusión a Ezequiel 37:9-14, donde el profeta ordena al viento que dé vida a cadáveres).

El Espíritu es representado como aquel que sella

“En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa” (Ef. 1:13; vea también 2 Co. 1:22; Ef. 4:30). Este sellado se refiere a la señal o garantía de propiedad que completa una transacción. (Para una discusión más completa sobre el Espíritu Santo como un sello, vea mi comentario sobre Efesios en el *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento*).

El Espíritu es representado como una promesa

“Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu” (2 Co. 5:5; vea también 1:22; Ef. 1:14). La mayoría de nosotros estamos familiarizados con el concepto de arras o anticipo en relación con una compra importante. Al hacer un pago inicial, nos comprometemos a completar la transacción. El don de Dios del Espíritu es su garantía para nosotros de que completará nuestra salvación en la glorificación. Es su promesa de darnos todas las bendiciones futuras de esa salvación.

El Espíritu es representado como agua

“En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado” (Jn. 7:37-39). Varias referencias en el Antiguo Testamento también comparan al Espíritu Santo con el agua e insinúan que esta revivió lo que era estéril o estaba muerto (Is. 32:15; 44:3; Jl. 2:28-29).

El Espíritu es representado como un revestimiento

“Ahora voy a enviarles lo que ha prometido mi Padre; pero ustedes quédense en la ciudad hasta que sean revestidos del poder de lo alto” (Lc. 24:49, NVI). En este versículo, Jesús usó claramente las palabras “prometido” y “poder” para referirse al Espíritu Santo. Por tanto, la imagen de ser revestidos también se refiere al Espíritu, y su significado es bastante obvio. Así como la prenda de vestir nos cubre y protege, también lo hace el Espíritu Santo. Así como la vestimenta especial (uniformes, trajes académicos) significa ciertas relaciones, así también el Espíritu muestra que pertenecemos a Dios. (Vea también la figura del hijo pródigo y su túnica en Lucas 15:22).

Esta breve guía sobre la identidad del Espíritu Santo nos ha ayudado a recordar que Él tiene atributos divinos como la tercera persona de la Trinidad. Por ser miembro de la Divinidad, el Espíritu tiene su propia función única, vital e indispensable para llevarla a cabo en la creación y en el desarrollo de la verdadera Iglesia. También podemos comprobar que Él ha estado obrando y ministrando durante toda la eternidad. A pesar de que el Espíritu se hace más prominente en la era del nuevo pacto, eso no quiere decir que estuvo inactivo durante los

tiempos del antiguo pacto. Esta verdad se hará más evidente cuando miremos con más detalle el papel del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento, en el capítulo 2.